

La masonería NUEVA TACTICA

La escisión masónica: los masones del nuevo orden sinárquico

(VI)

Para cerrar las líneas de la exposición de la masonería, sus internacionales conexiones y su activa participación en las subversiones nacionales, incitando y protegiendo las revoluciones, poniendo en ejecución órdenes de los Supremos Consejos en los que tienen entrada los sionistas, y unas veces en unión de los cuadros anárquicos, marxistas-leninistas, es indispensable señalar las recientes inquietudes masónicas, la nueva estrategia con la que se dispone a escalar la antigua e irrenunciable pretensión de dominio universal.

El centro de operaciones de la nueva estrategia ha sido especialmente Francia —siempre tan dispuesta a la experimentación de los movimientos políticos— aun cuando el blanco de la empresa era Roma, es decir, el Vaticano, a través de la élite de la sociedad, los políticos, los ministros católicos, valiéndose de los nuevos procedimientos, a saber, de las reuniones, de los diálogos, y relegándose los ataques directos y violentos que se emplearon en los doscientos años anteriores. El nombre de este movimiento de remodelación se registrará con el de SINARQUIA.

LA CONFABULACIÓN DE LA SINARQUIA

Por los años de 1880 a 1890, hubo una reacción en el seno de las logias con el fin de detener el materialismo que se apoderaba de los adeptos al “taller”, orientando hacia un espiritualismo iniciático u oculto, más en consonancia con algún grupo de masones, entre los que cabe reseñar a los tres más importantes: El primero la *orden cabalística* (Kábala se dijo que era el libro de los judíos) de la *rosa-cruz*, fundada por Stanislas de Guaita y secundada por grupo de judíos. El segundo, la *orden Martinista*, fundada en 1890 por Papus (Dr. Gerard Encause), a la que pertenecían Saint-Yves d'Alveydre y más modernamente Víctor Blanchard; el primero será el gran teórico de la sinarquía. El tercer grupo, el *simbolismo*, puesto en curso por Oswald Wirth, maestro de varias generaciones masónicas. Con éste hubo en 1937 intentos de aproximación entre la masonería y la Iglesia. A estas conversaciones asistieron varios jesuitas, Aleç Mellor y representantes de aquéllos, como Marius Lepage. De estos hechos voy a dar constancia.

La sinarquía, según el iniciador Saint-Yves d'Alveydre, a finales de siglo, “es el conjunto sincretista de todas las religiones, consideradas como iguales, con cierta primacía de animación atribuida a la kábala (judaísmo) y quizás hacia el final de su vida, le atribuía importancia especial al hinduismo” (1). Según este martinista, la sinarquía supone en primer lugar una adaptación doctrinal del catolicismo basándose en la presunción de todos los cultos y opiniones religiosas en una integración de orden cultural y un sometimiento jurisdiccional al colegialismo sinárquico. En segundo término, ese sistema también supone el acercamiento de la Iglesia y de la masonería. Así se expresaba el jefe de la sinarquía: “No temáis convertirnos en el alma de la libertad moral; resignaos, al confundiros con las naciones, a perder momentáneamente vuestro cuerpo de doctrina y de disciplina, esa forma que vosotros llamáis la Iglesia católica, romana; ella resucitará más gloriosa y más grande, más religiosa y más moral” (2). La obra de este masón se la ha de considerar como de vuelta hacia un esoterismo que se había perdido en algunas obediencias, particularmente en el grande oriente de Francia y como de nuevo plan o movimiento para la conquista universal. La estrategia será trabajo dentro de la Iglesia, subvertir sus más esta-

bles principios e instituciones y así llegar a ese orden nuevo dirigido por la alta masonería. Y desde entonces, mantenido por los corifeos de los altos grados, subsiste ese plan y se está llevando a cabo entre algunos sacerdotes y el pláceme de un obispo.

Seguidor e impulsor de esta “divina sinarquía” será el abate Roca, excanónigo de Perpiñán, apóstata, como también lo fue Saint-Yves. Ya que he dicho de este renegado clérigo, había que señalar en este empeño de plan destructor de Eliphas Levi a Lacuria, también apóstata y renegados. Baste citar entre la serie de herejías de ese atrevido y demente de Roca, pregonando entre clérigos y masones sus doctrinas relegadas para siempre al desprestigio, sus propias manifestaciones: “¿Lo que se prepara en la Iglesia universal? No es una reforma; es, no me atrevo a decir una revolución, ya que el vocablo sonaría mal y no sería exacto, sino una evolución” (3). No emplea la palabra; no obstante, la realidad es la revolución. A través de sus obras aparecen aludidas las lacras de hoy, que él concebía como evoluciones: el laicismo, el progresismo, la desacralización,

nuevo orden sinárquico. Así pues se tienen unas conversaciones que se han registrado con el nombre del lugar donde se mantuvieron: *Aix-la-Chapelle*. Se trataba de clausurar las polémicas entre la Iglesia y la masonería y de colaborar entrambas contra el comunismo. El “hermano Reichl”, uno de los interlocutores, respondía a sus masones: “la masonería expresa hoy el ardiente deseo de colaborar con la Iglesia contra las peligrosas fuerzas de la revolución representadas actualmente por los partidos radicales, anarquistas, bolchevistas”. Y el gran maestro del oriente de Francia, Brenier, opinaba que “durante los siglos, nuestra enemiga más peligrosa ha sido la Iglesia; ahora parece dispuesta a reconocer que se ha equivocado de camino”, (en 27 de mayo de 1929): A Reichl, miembro del supremo consejo, le acompañaban E. Lenhoff, G. M. de la G. logia y O. Lang, secretario de la G. logia de Nueva York. Por los católicos, los padres Gruber y Mukermann, jesuitas, y en segundo plano, también los padres Gierens y Macé. Siguiéron a todo esto unas informaciones en revistas y prensa católica.

En 1935 aparece “El pacto sinárquico para el imperio francés” que con sus 13 puntos y 598 artículos expone técnicamente la planificación de la nación, del continente y del planeta, incluyendo las empresas, los sindicatos y las religiones. Este documento se halló en la logia martinista de Lyon. No había sido baldía la semilla de Saint-Yves. Lo único que había

• Los masones del salto al poder político, por todo y contra todo.

la condena del celibato, la socialización, la mística de la democracia, etc.

Después de la conflagración mundial, en 1918, se percibe en Francia y otros países un resurgimiento religioso a la vez que un sentimiento patriótico con el bloque nacional. Por eso se recrudece el ataque masónico, contra la escuela libre, contra los religiosos, y reverdece la religión universal del plan sinárquico de 1922 en Francia y del pan-europeo en Viena. Como en sus inicios el sinarquismo sigue programando el federalismo, en el orden económico o el socialismo tecnócrata, común denominado del comunismo y del capitalismo científicamente conjugados, mientras que la revolución de las mentes se llevará a cabo por la reducción de todos los valores a uno sólo, el “nuevo humanismo o humanismo integral”. Pero todo esto no se puede conseguir sin la desintegración de los cuadros tradicionales. Como es comprobable, hoy sigue en pie la realización de este “nuevo orden”, del que no hace falta destacar su inadmisibile naturalismo, panteísmo, gnosticismo y otras secuelas que luego se harán visibles.

¿INGENUIDAD CATOLICA O SUBVERSION MASONICA?

En 1926 van tomando realidad las predicciones de Saint-Yves, de Guaita, de Toca y de los predecesores del sinarquismo. Hay que tender la mano a la Iglesia con el fin de introducirse en sus instituciones y desintegrarlas a base de una revolución solapada, de progresismo, de humanismo, de socialización de estructuras, para erigir el

cambiado era la denominación de “Iglesia sinárquica”, como se la rotuló a fines del siglo, por “orden cultural” o “demosideocracia”. La Iglesia ocuparía en ese nuevo orden el puesto de socio menor. No me detengo más.

El plan, denunciado anteriormente, de subversión dentro de la Iglesia, por las aproximaciones y conversaciones, va adelante, puesto que en el orden civil o político se está instaurando plenamente con las democracias de la soberanía popular en un colectivismo desorganizado, pasivo e infrahumano de masificación de la sociedad contemporánea. Resta la Iglesia y es a ella a quien se ha de atacar pero con guante blanco. En 1937 la carta de Albert Lantoine, grado 33, “al Sumo Pontífice” en vez de atraerse las aprobaciones, se hizo merecedor de la condena por su tono insolente en el que acusaba a la Iglesia de intolerancia, de dominio, etc. La contestación desdichada por lo mal definida del P. Berteloot, mantenía el soplo de felices resultados en alguna publicación francesa, minoritaria, de confianza hacia la masonería. Lo interesante es que hubo malhumor por parte del gran oriente de F. y reproches de los masones a la iniciativa de Lantoine, al que defendía Oswald Wirth, con aquél, del supremo consejo. Por ese tiempo se producía una escisión en la masonería francesa, capitaneada por Camille Savoir, que, miembro del G. colegio de los ritos del G.O. de F., quiso seguir con la propaganda espiritualista en la línea de Saint-Yves, Papus, Roca. No tuvo el éxito que se proponía y abandona el G. oriente para fundar al gran priorato de las galias, en el que reclutó a un grupo de masones que luego se fundieron en la gran logia nacional Opera. Así, pues, no se trataba de una vuelta a la fe católica, sino de la afir-

mación de la filosofía de las sociedades secretas en contra del materialismo de muchos masones (los politizados). Se prosiguen algunos contactos entre la alta masonería (¿los masones buenos?) y algunos eclesiásticos por los años de 1838-1839, pero que se interrumpen pronto por la segunda guerra mundial. Siempre se trataban de diálogos privados a los que no tenían acceso más que ciertos nombres de los que ya he dado nota.

Para que quede aclarado este momento actual, precedente cercano, se mantenía en la franc-masonería, paralelamente al movimiento sinárquico, otro de tendencia socialista, “común a todas las fuerzas de izquierda”. “La logia Monte Sinai, que agrupaba a numerosos banqueros judíos (recuérdese mi posición con respecto a esta cuestión), bajo la presidencia de Maurice de Toledo, asume la iniciativa de la obra política” (4). El 15 de julio de 1933, se funda en Francia el Frente común por los masones de altos cargos, Perrin, Lebey del G.O. de F., Cohen, Riandey de la G.L., el radical G. Bergery, el socialista G. Monnet, el comunista J. Doriot y B. Lecache de la L.I.C.A. En Luxemburgo (septiembre de 1934) la Asoc. de la Mas. Inter. y en Lucena la Liga Inter. deciden las medidas contra el fascismo de Hitler. Y es la masonería la que organiza los comités de vigilancia de acción antifascista en 1936, dirigido por Chartier, Langevin y Paul Ruvet, radical, socialista y comunista, pero masones. Con ello se intentaban salvar la república y de ahí que apelara a su ala izquierda, revolucionaria, y era natural que realizara una

contra manifestación comunista con la “jornada de las ligas” y arrastrara a la masas a un frente popular” en 1936. Víctor Blanchard, funcionario de la cámara de diputados, grado 33, trabaja con León Blum y Spinasse contra las derechas y aboga por “un socialismo técnico y una planificación económica”. También Coutrot, muerto misteriosamente, trata con la ayuda de algún católico y científico de apoyar la sinarquía. La participación de la masonería en el frente popular de España ya se constató en el anterior reportaje.

Después de la segunda guerra se reanuda el diálogo con el P. Riquet y Marius Leplage, G. maestro de la logia de Laval, orquestado todo con una exhibición en el “Figaro littéraire”, en marzo de 1961. Alec Mellor publica dos libros sobre la masonería, el segundo con el *nihi obstat* del P. Riquet y el *impri-matur* del obispo Hottot.

Resumiendo, todo ese movimiento sinárquico que ha dejado su impronta dentro del Concilio Vaticano II, por lo menos en la opinión de amplios sectores, en el arcilloso perchero de “signos de los tiempos” con los temas: colegialismo, ecumenismo, libertad religiosa... Sólo ha sido un reducido y vano sentimentalismo de un grupo de élite masónica de la G. logia de F. que intentaba y posiblemente intente “jugar a la religión planetaria”, mientras que el sector mayor e influyente por su politización del grande oriente de Francia permanecía detrás de una barricada, que es bastante más que la identificación de “separados” que les confiere Mellor.

Detrás de esa gran presentación de los acercamientos masónicos con los católicos se imponía la total operación política del “orden nuevo”, para el que “la nueva religión” tiene un papel limitado y accesorio. En ulterior exposición recogeré las conclusiones válidas referentes a la masonería en su actualidad y vigencia.

J.A.C.B.

(1) Pierre Virion, La Iglesia y la Masonería, 1966. Pág. 17.
(2) Misión de los soberanos, pág. 447.
(3) El final del mundo antiguo, pág. 327.
(4) J. Lombard, o.c. 1973, pág. 166.